

tiene; nuevos brotes irán reemplazando a los brotes arrancados o cortados; el árbol divino poseerá al fin todas sus ramas, tendrá todas sus flores, dará a Dios todos sus frutos, y será eternamente cierto que los cristianos tienen por raíz a los judíos. Por eso, hablando en nombre de los verdaderos israelitas, Simeón proclama por lo alto esta gran obra de la diestra de Dios, que es la catolicidad de la Iglesia, fundada en la universalidad de la misión de Cristo y en el don que Dios hace de Sí mismo a toda la humanidad.

4º Después de esta confesión en honor del Salvador, Simeón, dirigiéndose a María, sin duda porque el Espíritu de Dios le había mostrado la parte principal que Dios asignaba a la Virgen en la obra de nuestra redención, le dice: «*Mira que este Niño es puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y como una señal de contradicción; y una espada atravesará tu alma*». Hace un momento, manifestaba el consejo pacífico de Dios que, uniendo primero a los Judíos con los Gentiles, debía luego unir a todos los hombres en la más perfecta unidad; pero ahora, mirando al futuro, cuenta bajo forma de profecía la triste historia de la realización de estos designios divinos. Este Niño divino es «*la paz*» (Miq. 5 5), y sin embargo dará pretexto para una guerra terrible. Este Niño viene a concertarlo todo, y no obstante, a causa de El se dividirán los hombres. El viene a dar la vida, una vida sublime, bienaventurada, eterna; mas, desgraciadamente, para muchos será ocasión de muerte. El es personalmente la Verdad en su más pura sustancia, revelándonos a Dios y toda su obra; pues bien, será el tema perpetuo de todas las discusiones, el blanco de todas las contradicciones, el punto de partida de todos los errores y herejías, y a la postre de todas las ruinas. Y por esto mismo «*una espada atravesará*» el alma y el corazón de María.

Desde la primera página, la Biblia habla de María; los Patriarcas la conocen; la ven, la aman y la respetan en todas sus esposas; los Profetas la anuncian; todos los justos la esperan; la Ley y el culto están llenos de ella. Por eso era imposible que Simeón, resumiendo todo este pasado, no rindiere a María un testimonio particular. La había alabado implícitamente por su maternidad divina al celebrar a su divino Hijo; ahora anuncia que será solemnemente designada a las edades futuras, de tal manera que no se la pueda ni esquivar ni ignorar. Ahora bien, este signo con que Simeón la marca, o con que la ve y la declara divinamente marcada, es que ella entra, como parte activa, en el sacrificio de Jesús, como su colaboradora y realmente como nuestra corredentora. La espada que matará al Hijo traspasará el corazón de la Madre; a esto se resume, por lo que a ella se refiere, «la Ley y los profetas».

5º Una vez dicho esto, la Ley se calla. Viene aún una profetisa, la santa y venerable Ana, que prolonga el testimonio dado por Simeón; para que, teniendo de un lado al Adán y a la Eva de la Nueva Alianza como objeto del testimonio, y del otro a Simeón y a Ana, un judío y una judía, un hijo de Adán y una hija de Eva, como testigos en nombre del Antiguo Testamento, todo quede completo, y no le falte ni un solo rasgo a este magnífico cuadro trazado por la divina Sabiduría.

El anciano Simeón y su cántico

Entresacado del libro

*«Elevaciones sobre la vida y la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo»,
de Monseñor Charles Gay: Elevación 20.*

Imposible es no sentirse impresionado del papel considerable que San Lucas atribuye al anciano Simeón en el doble misterio de la Purificación de la Santísima Virgen y de la Presentación de Nuestro Señor en el Templo.

Todo lo relativo a este doble misterio, por muy elevado, santo e importante que sea, por las enseñanzas que contiene y las gracias que nos merece, queda contado en pocas líneas. Por su naturaleza y por su fecha, se vincula a la serie de los misterios de la santa Infancia. Es una época en que Jesús y María deben seguir ocultos. Está claro que ellos son el alma de todo, que todo se refiere a ellos y gravita alrededor de ellos; y que, en resumen, este Niño es divino y esta Madre no tiene parangón. Su día, pues, ya ha llegado; pero aún es la mañana, y de ahí, sin duda, esta rara brevedad del relato que a ellos se refiere.

1º La persona de Simeón y su simbolismo.

Cuando Simeón aparece, el escenario cambia, y el autor sagrado no teme abundar en palabras. Debe saberse que Simeón «*moraba en Jerusalén*»; que «*era justo y temeroso de Dios*»; que vivía «*esperando*» a Aquel a quien llamaba, como todos los Profetas, «*la consolación de Israel*»; que estaba «*lleno del Espíritu Santo*»; que el Espíritu Santo le hablaba y lo impulsaba a hablar. Debe saberse también que, habiendo vivido largos años, y cerca ya de la tumba, había sido asegurado por Dios «*de no morir antes de haber contemplado con sus ojos al Mesías, el Ungido del Señor*», la esperanza y salvación del mundo (Lc. 2 25-26). ¿Para qué narrar tan ampliamente esta historia, y dar tan gran cantidad de detalles? Es evidente que hay aquí algo más que el panegírico de un Santo y la consolación de un anciano.

Simeón, a quien el Espíritu de Dios conduce al Templo para encontrarse con el Niño Dios, es la figura viviente y como la representación personal de la Antigua Ley, o más bien de toda esta santa antigüedad cuyo exordio es la vida de los Patriarcas. Es el último brote de ese árbol, viejo ya de cuarenta siglos, que tiene a Adán como raíz; es como su cima y coronación gloriosa, encierra toda su savia,

es el signo y fruto de la madurez. Todo ese gran movimiento de vida natural y sobrenatural, de vida religiosa y social que, desde la creación, había empezado en el paraíso terrenal, debía llegar al término que la Sabiduría divina le había fijado. Todo debía conducir a Cristo, abrazar a Cristo, incorporarse a Cristo, para religarse a Dios por medio de El. *Finis legis Christus*, «el fin de la Ley es Cristo» (Rom. 10 4): su fin, en el sentido de que era la meta a que apuntaba, su cumplimiento y su consumación; su fin también, en el sentido de que debía abolir su primera forma transitoria, para hacer florecer y fructificar, en un clima nuevo y bajo una forma mucho más perfecta, la sustancia de luz y de vida divinas que era su fondo, y que Dios mismo había depositado en ella.

Síguese que Jesús, en los brazos de Simeón, es la unión de los dos Testamentos, y la consagración suprema del Antiguo. Todas las promesas se han cumplido; la Ley y los Profetas dan testimonio de Cristo, y Cristo da testimonio de la Ley y de los Profetas. Es evidente que no hay más que una sola Religión, que ha revestido distintas fases y se ha mostrado sucesivamente en diversos estados; pero sigue siendo única, verdadera, santa, gloriosa para Dios y saludable para los hombres. No tiene ella más que un fin, la Trinidad adorable, y un solo fundamento, Cristo, el Verbo de Dios encarnado. Desde entonces se comprende que este «encuentro» es de importancia capital; y después de la oblación pública que María hace a Dios de su Hijo, no hay nada más considerable ni más sublime en esta fiesta.

2º El santo cántico de Simeón.

Pero una vez que la Ley ha recibido la salvación y el beso de Jesús, dice su adiós al mundo, un adiós lleno de consolación, de amor y de serenidad.

1º *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace*: «Ahora, Señor, según tu palabra, dejas ir en paz a tu siervo». «Ahora» que la eternidad llena el tiempo y que todo lo que va a hacerse en el tiempo tiene reueltamente un alcance eterno; «ahora», Dios fiel que nunca te desdices, empeñando tu palabra y manteniéndola invariablemente; «ahora», según tu palabra, dejas ir a «tu siervo». *Siervo* era el nombre propio y característico de quienes vivían bajo la Ley: establecida por un Señor, tenía por fin especial formarle siervos (Rom. 8 15), en espera de que la gracia le diera hijos. No es que Dios no tuviera hijos en el Antiguo Testamento, sino que el temor tenía aún primacía sobre el amor, y la servidumbre sobre la piedad. A partir de ahora se vivirá bajo otro régimen: «Ha aparecido la benignidad de Dios» (Tit. 3 4), «la gracia ha sido hecha» (Jn. 1 17); el amor, por consiguiente, va a tomar la primacía. Toda alma de buena voluntad, sin distinción y sin excepción, recibirá este suave «Espíritu que nos hace clamar: ¡Abba, Padre!» (Rom. 8 15); y eso desde el nacimiento, por el santo bautismo.

2º Se iba, pues, la Ley, como dice Simeón, pero «en paz» profunda, teniendo ya todo lo que esperaba, y por lo demás honrada y dichosa. Ella no había vivido sino para anunciar y preparar a Cristo; ahora bien, Cristo estaba ya en sus manos,

como un fruto en su tallo, como una lámpara en su candelabro. Después de haberlo buscado, llamado e invocado durante tanto tiempo y con tan ardientes suspiros, por fin lo tenía, lo abrazaba, lo besaba. Podía, entonces, partir en paz. Su jornada había acabado; el padre de familia saldaba las cuentas y ponía el denario prometido en manos de su querida obrera (Mt. 20 9). ¡Y qué denario! ¡El Verbo encarnado! Aquel a quien había recibido por el oído, al estado de palabra revelada y transmitida, ella lo contemplaba a presente con sus propios ojos. Era «la Salud de Dios», el Salvador que Dios enviaba al mundo, el verdadero Jesús del Padre, que se convertía en el Jesús de toda creatura.

3º Pero este Jesús, que Dios daba a los Judíos poniéndolo en manos de Simeón, lo exponía ahora «a la faz de todas las naciones», para desvelar por fin el misterio escondido hasta entonces, la adopción divina de los Gentiles, y consumir así «la gloria del pueblo de Israel». Simeón tenía que proclamarlo. Así como Raquel, al morir, dio a luz a un hijo, Benjamín, hijo de amor y de dolor (Gen. 35 18), del mismo modo el Judaísmo, al desaparecer, dejaba paso al Cristianismo, que era la forma última y definitiva de la Religión eterna. La familia de Abraham, tan restringida a pesar de sus muchos miembros, se convertía en la ciudad universal de este Dios «que ama todo lo que existe, y no desprecia nada de cuanto ha creado» (Sab. 11 25). La Sinagoga se transformaba en la Iglesia católica.

Moría la Sinagoga, pero sólo en apariencia; pues, subsistiendo en su fondo inmortal, se veía elevada a un orden superior y más extenso. Este pueblo, elegido y colocado en una tierra selecta como una raíz preciosa que Dios se reservaba proteger y cultivar por Sí mismo, iba a extenderse al modo de un árbol inmenso, abarcando al género humano. Desde que los Gentiles entran, por la fe, en la esfera de la gracia, y participan de las promesas hechas a los herederos, pasan a ser «la gloria» de esta querida y venerada nación judía, que es «el tronco –dice San Pablo– en el que son injertados» (Rom. 11 17). Confidente de este Dios que la había instituido, la Ley lo sabía desde hacía tiempo, y nadie lo ignoraba de aquellos que, por su rectitud de corazón y su piedad, habían merecido comprender el sentido y captar su espíritu. Pero hoy esta Ley, a través de Simeón, lo confiesa públicamente en el Templo. Jesús, nacido en Judea, nacido de una judía, y por lo tanto judío El mismo, viene a esta tierra para todos, y pertenece a todos. «La salvación viene de los Judíos» (Jn. 4 22). Ellos son, pues, los primeros llamados (Rom. 2 9), y después de ellos, los Gentiles, tanto Griegos y Romanos como Bárbaros. Ellos son los verdaderos ancestros, y nosotros nos apoyamos en ellos, como ellos mismos se apoyan en los Patriarcas, que se vinculan a Dios por Adán. Esta tierra hebraica tiene, pues, el imperecedero honor de haber proporcionado el pan que será la vida y el alimento del mundo entero. Así como la gloria de la fuente es el número de arroyos en que derrama sus aguas, y la extensión de las regiones que fertiliza regándolas, así también la «gloria de Israel» es la muchedumbre de pueblos a los que enriquece, ilumina, vivifica y salva divinamente, dándoles su fruto que es el Salvador Jesús.

Sin duda, y por desgracia, la armonía de este hermoso plan divino debía verse deplorablemente turbada en la tierra. San Pablo lo constata con lágrimas. Esta entrada de los Gentiles en la gracia, que debería ser el triunfo de los Judíos y su alegría, se convierte para la mayoría de ellos en objeto de escándalo, y en motivo de un divorcio que subsiste después de veinte siglos (Rom. 9 3ss). Con todo, el plan divino se man-